

» proceder se hubiese calificado de ignorancia (1); » y muchas veces desaprueba sus discursos interminables, y su estilo duro y bárbaro. Fué, sin embargo, amigo del Boloñes ó Florentino Juan de Andres, el mejor canonista de aquel tiempo, cuyas dos hijas Novella y Vetina escribieron tambien. Pablo de Liazari, discípulo suyo, fué maestro de Juan de Legnano, que luego fué tan célebre, que cuando murió se cerraron las tiendas. Andres de Isernia fué llamado el evangelista del derecho feudal, y el rey Roberto le llevó consigo para que defendiese en la corte de Aviñon sus derechos al trono de Nápoles. Refiriendo que Federico II habia impuesto algunos tributos sin aplicar la tercera parte á la Iglesia, añadió que su alma *requiescit in pice et non in pace*. Habiendo manifestado su opinion en una causa feudal, contraria á un oficial alemán, este le mató.

Colocarémos tambien entre los sabios á Dante, que tenia conocimiento de todo lo que en su tiempo se sabía, y presintió algunos de los futuros descubrimientos. Mencionó claramente los antipodas y el centro de gravedad de la tierra (2); hizo ingeniosas observaciones acerca del vuelo de las aves, la brillantez de las estrellas, el arco iris y los vapores que se forman en la combustion (3); señaló antes que Newton la causa del flujo y reflujo (4); antes que Galileo dijo que las frutas se maduran á la luz que las hace exhalar el oxígeno (5); antes que Linneo, y observando á los vivientes, dedujo la clasificacion de los vegetales por sus órganos sexuales (6); aseguró que nacen de semilla las plantas aunque sean microscópicas y criptógamas (7); que las flores abren sus pétalos á la luz y descubren los estambres y pistilos para fecundar los gérmenes (8); y que los jugos circulan por

(1) *Ep. ad posteros.*

(2) Ya se sabe que Aristóteles tambien lo asegura. Y el cronista Rolandino en el libro XII, c. 9, dice: « Tunc visa est gens Lombardorum tota prompta ad locum concurrere ubi creditur Ecefinus, non aliter quam ad punctum terræ medium, quod philosophi centrum dicunt, ponderosa cuncta tendere naturaliter elaborant. » Se mencionan con claridad los antipodas por Petrarca en los siguientes versos:

Cuando la luz con rapidez se inclina  
Al Occidente, y nuestro día vuela  
Hacia otros pueblos que quizá le esperan.

*Canc. V.*

Cuando la tarde empuja al claro día  
Y nuestra noche da la luz á otros.

*Sext. I.*

(3) *Inf. XIII, 40; XXIII, 23; Pg. II, 14; XV, 16; Par. II, 8, 35; XII, 10, etc.*

(4) Y como el curso del cielo de la luna  
Cubre y descubre sin cesar las riberas del mar.

*Par. XVI.*

(5) Mira el color del sol que se hace vino,  
Unido al humor que sale de la viña.

*Pg. XXV.*

(6) Toda yerba se conoce por su semilla.

*Pg. XVI.*

(7) Cuando alguna planta  
Crece allí sin semilla aparente.

*Pg. XXVIII.*

(8) Del mismo modo las florecillas que se inclinan y se cierran con el hielo de la noche, se enderezan y se abren cuando el sol las blanquea.

las plantas (1); antes que Leibnitz señaló el principio de la razon suficiente (2); antes que Bacon puso la experiencia como *fuentes de donde corren los arroyos de nuestras artes* (3), y aun menciona la atraccion universal (4).

Se admiran los comentadores de Dante de que conociese las constelaciones de los piés del Centauro y del Crucero (5); pero los frecuentes viajes de los Europeos á Bab-el-Mandeb y su familiaridad con los planisferios árabes nos hacen pensar que nada tiene de extraordinario. Segun la geografia de Dante, antes que Lucifer *lloviese* del cielo y fuese encerrado en el punto de la tierra al cual *se dirigen de todas partes los cuerpos pesados*, el hemisferio boreal estaba bajo el agua, y habia en el austral un gran continente opuesto al nuestro. Allí vivieron Adán y Eva, los primeros que vieron las *cuatro estrellas*, de que *está privado el desierto pais septentrional*. Cambiada la superficie del globo por una gran catástrofe que él señala en la caída de Lucifer, apareció en nuestro hemisferio un *gran banco*, es decir, un continente cuyo centro es Jerusalem, al paso que en los antipodas la masa árida fué devorada, formándose *con el mar un velo* el mismo Lucifer, y un cono que se eleva en forma de montaña del purgatorio, en cuya cima está el paraíso.

No pasarémos en silencio que Alighieri abusa sin oportunidad de su ciencia astronómica, de modo que aun cuando no se equivoque, obliga á discurrir mucho tiempo, para saber el sentido de las frases con que designa las horas y los días de sus aventuras.

¿Pero creía en la astrología, segun dicen sus comentadores? Separándose en esto Dante del *maestro de los que saben*, el cual piensa que vida activa no conviene á la perfeccion de los seres celestiales, se aproxima á Platon y cree que no es propio de los espíritus puros, ó como se dice vulgarmente, de los ángeles, la vida contemplativa, sino la activa, haciéndolos motores y directores de las esferas, no por medio

(1) Como un tizon verde que arde por uno de sus extremos y por el otro gime y chisporrotea á causa del viento que por él pasa.

*Inf. XIII.*

(2) Entre dos manjares á igual distancia ó igualmente apetitosos, un hombre libre de escoger se moriría de hambre antes que llevar uno de ellos á sus dientes.

*Parais. VI.*

(3) De esa idea puedes librarte por medio de la experiencia, que suele ser la fuente de donde corren los arroyos de vuestras artes.

*Parais. II.*

(4) Estos órdenes tienen todas sus miradas en lo alto, y abajo tienen tal influencia que todos son arrastrados y arrastran á todos hacia Dios.

*Parais. XXVIII.*

(5) Me volví á mano derecha y dirigí mi espíritu hacia el otro polo, y vi cuatro estrellas que solo han sido vistas por los primeros hombres. ¡Oh pais septentrional! cuán triste y solo estás hallándote privado de verlas.

*Pg. I.*

Los editores milaneses de los clásicos le suponen profeta, mago ó amigo de Marco Polo.

del movimiento sino de la inteligencia (1). Estas estrellas son á sus ojos otros tantos espíritus, ministros de la Providencia, movidos por el amor (2) que penetra el universo y resplandece en unas partes mas que en otras. Este amor que envuelve el empuje del cielo, comunica de esfera en esfera hasta la tierra su movimiento, que ordenado necesariamente, dispensa á los mortales varios grados de las virtudes divinas de que están dotados por la Divinidad. Pero semejante influencia no supone necesidad, porque de otro modo no habria mérito ni demérito (3): solo inician los movimientos sin impedir que la educacion, la razon y el libre albedrío los dirijan, y mucho mas las vicisitudes, es decir, segun que la naturaleza encuentra favorable ó adversa á la fortuna.

Nada viene á conceder, por tanto, á las estrellas, sino la influencia sobre los temperamentos, ó sea sobre la facultad vegetativa, en la cual unida con la sensitiva y con la racional consiste, dice en el *Convivio*, el alma del hombre. Y con mas claridad manifiesta en el *Volgare eloquio*, que el hombre es vegetativo, sensitivo y racional: que como vegetativo tiende á su conservacion, como sensible á los placeres y como racional á la virtud; y de aquí que debe obrar de modo que consiga el hábito de hacer el bien y evitar el mal segun estos tres aspectos.

Que los planetas influyen en el temperamento ha sido opinion de graves sabios, que no ha desaparecido enteramente: que los temperamentos empujan ó detienen al hombre en muchas acciones, nadie lo niega. Así, pues, cuando Dante se congratula consigo mismo de reconocer en la constelacion Géminis todo su ingenio, sea cual fuere, no habla mas que del influjo que esta constelacion tuvo en su nacimiento y en la conformacion de sus órganos, por los cuales se modifican el pensamiento y la voluntad por las secretas vías que jamas podrá descubrir el entendimiento humano. Por consiguiente, al decir de Brunnetto Fatini, que *si sigue su estrella no puede ménos de llegar al glorioso puerto* (4), sigue la costumbre de aquel maestro suyo que se dedicó á la astrología, y que segun dicen habia formado el horóscopo de Dante. Y donde dice: « De manera que si mi buena estrella ú otra cosa mejor me ha dado el bien (5), » demuestra suficientemente con esta forma vacilante, cuán léjos estaba de atribuir á las estrellas una importancia absoluta, opinion que estaria en desacuerdo con sus ideas teológicas, filosóficas y poéticas (6).

No se nos culpe de que nos entretenemos en

(1) Vosotros que con la inteligencia movéis el tercer cielo.

(2) El Amor que mueve el sol y las otras estrellas.

(3) Si así fuese, en vosotros se destruiria, etc.

(4) *Inf. XV.*

(5) *Inf. XXVI.*

(6) Cecco de Ascoli en la *Acerba*, lib. III, c. 10, cita una carta que le dirigió Dante contra la influencia de los planetas.

las doctrinas de los hombres ilustres, porque en ellos instruyen tambien los errores.

## CAPÍTULO XXXI

Historia.

Puede decirse que ningun pais de Italia carece de crónicas y así lo hemos manifestado, valiéndonos de ellas; pero Florencia tiene las mejores, no solo por el lenguaje, sino tambien por el buen juicio y prudente ingenuidad que en ellas se advierte. Ricordano Malaspina escribió todo lo que encontró en las *historias de los antiguos libros de los maestros doctores*, pues entónces eran sinónimos escrito y verdad, y posteriormente los sucesos de que fué testigo hasta 1280.

Continuó su obra hasta 1312 Dino Compagni, que se propuso « escribir la verdad de las cosas ciertas que vió ú oyó, y aquellas que no vió con claridad, pensó escribirlas segun las habia oído; y como muchos por su mala intencion se exceden en lo que dicen y corrompen la verdad, prometió escribir lo mas admitido. » Reglas extrañas de lo que ha de creerse, las cuales nos muestran que entónces no habia nacido aun la verdadera historia, cuyo menor trabajo es el contar los hechos. Fué muchas veces magistrado de su patria, y procuraba hacer comprender las ventajas de la paz. « Encontrándome yo en dicho consejo, deseoso de que existiese union y paz entre los ciudadanos, antes de que salieran, dije: « Señores, ¿por qué queréis trastornar y destruir tan buena ciudad? ¿Contra quién queréis pelear? ¿Contra vuestros hermanos? ¿Qué victoria conseguiréis? Solamente llanto. » Respondieron que su determinacion no tenia otro objeto que evitar el escándalo y permanecer en paz. Oído lo cual, me uní con Lapo de Guazza Ulivieri, bueno y leal ciudadano, y fuimos juntos á ver á los magistrados supremos, y llevamos á algunos que habian asistido á dicho consejo, y mediando entre los magistrados y ellos, calmamos á los señores con palabras dulces. Y el señor Palmieri Altoviti, que entónces era de los nobles, los reprendió fuertemente sin amenazarlos. Su respuesta fué que de aquella reunion nada resultaria, y que algunos hombres que habian ido en su busca, se les dejase marchar sin hacerles daño; y así lo mandaron los señores magistrados. »

Y en otra parte: « En este estado las cosas (á la llegada de Carlos de Valois) á mí, Dino, me ocurrió una santa y honesta idea, pensando: « Este señor vendrá, y encontrará divididos á todos los ciudadanos, de lo cual resultará gran escándalo. » Pensé, por la ocupacion que yo tenia y por la buena voluntad que advertia en mis compañeros, reunir á muchos buenos ciudadanos en la iglesia de San Juan, y así lo hice, habiendo entre ellos de todos los

Dino Compagni.

oficios, y cuando lo creí oportuno, dije: « Queridos y valientes ciudadanos, que habéis sido bautizados la mayor parte en esta pila, la razón os obliga é impele á amaros como queridos hermanos, y mas aun porque poseéis la ciudad mas noble del mundo. Han nacido entre vosotros algunos odios por las rivalidades de los oficios, los cuales, como sabéis, hemos prometido con juramento reunirlos mis compañeros y yo. Ahora va á llegar ese señor y conviene honrarle. Alejad vuestros odios y haced las paces para que no os encuentre divididos: alejad de vuestro ánimo las ofensas y malas voluntades, y cesad en vuestra conducta pasada: perdonáos por amor y bien de vuestra ciudad. Y sobre esta sagrada fuente donde recibisteis el bautismo, juráos mutuamente buena y perfecta armonía, para que el señor que va á venir encuentre unidos á todos los ciudadanos. » Al oír estas palabras se reconciliaron unos con otros, y juraron poniendo la mano sobre los Evangelios que vivirían en paz y conservarían los honores y jurisdicción de la ciudad; hecho lo cual salimos de aquel sitio. Los malos ciudadanos que vertían lágrimas de ternura, besaban los Evangelios y mostraban mayor entusiasmo, fueron los que mas contribuyeron á la destrucción de la ciudad, y callo sus nombres por decoro. Aquellos que tenían mala intención decían que se había adquirido por medio del engaño aquella caritativa paz; pero si en las palabras hubo alguno, yo debo sufrir la pena, aunque no se debe recibir una injuria en cambio de una buena intención; he vertido muchas lágrimas pensando cuántas almas se habrán condenado por la malicia de aquellos. »

Este deseo de paz comunica no pocas veces vehemencia á su estilo; sirva de prueba este párrafo. « Levantáos, malvados ciudadanos, llenos de infamia, tomad el hierro y el fuego, extended vuestra malicia, manifestad vuestros inicuos deseos é infames propósitos; no os detengáis mas; andad y destruid las bellezas de vuestra ciudad; haced correr la sangre de nuestros hermanos, despojáos de los sentimientos de fidelidad y de amor, negáos unos á otros el favor y el amparo, sembrad vuestras mentiras que llenarán los graneros de vuestros hijos, haced lo que hizo Sila en la ciudad de Roma, que todos los males que hizo en diez años, los vengó Mario en pocos dias. ¿ Creéis que no existe ya la justicia de Dios? también la del mundo castiga todos los crímenes. Mirad si vuestros antepasados han conseguido méritos en sus discordias: cambiad los honores que adquirieron. No os detengáis, miserables; que mas se destruye en un dia de guerra que se gana en muchos años de paz, y es pequeña aquella chispa que lleva la destrucción á un gran reino. »

Con nobles intenciones y recto juicio conduce su trabajo, el cual es muy extraño que dase desconocido á los Villani, sus contem-

poráneos, y á los posteriores casi hasta Muratori (1).

Juan Villani, comerciante de Florencia, que llegó á los primeros puestos de la república, fué á Roma en el jubileo de 1300, y la vista de tantos monumentos, y la lectura de Salustio, Livio, Valerio, Pablo Orosio, Virgilio, Lucano y otros maestros de historia le sugirieron la idea de narrar los acontecimientos de su patria, « para memoria y ejemplo de los futuros, gloria de Dios y del bienaventurado San Juan, y honor de su ciudad de Florencia. » Y lo hizo en doce libros, en los cuales adopta sin discernimiento las fábulas antiguas, copiando tambien largos trozos de Malaspina, hasta que al llegar á su tiempo expone los hechos con gran provecho, sin concretarse á su patria. Carece de pretensiones literarias y es rudo en la gramática (2); « la unión de las palabras es sencilla y natural; nada es superfluo, nada está de mas, nada tiene de artificioso; esto no obstante, en aquella sencillez se ve una gracia y una belleza semejante á la que vemos en el rostro gentil, pero no acicalado de noble señora ó doncella » (Salviati.) Como buen comerciante toma interes en las cosas reales que los contemporáneos extranjeros descuidan, y mientras estos solo nos sirven en cuanto nos dan cuenta de sus impresiones personales, Villani procede con exactitud é inteligencia, examina, compara, juzga, y une la ciencia de la vida á la gravedad de los antiguos, á quienes no conocia solamente de nombre: por este medio habria podido Italia elevarse hasta la historia original, pero se contentó con imitar. Tanto positivismo no le impidió creer en milagros y en la astrología, debilidad que se le perdona con facilidad. Se inclina sin disimularlo al partido güelfo, pero manifiesta con ingenuidad sus puros sentimientos, exaltándose al hablar de su patria, y exponiendo los hechos con convicción afectuosa y tal vez pintoresca.

Murió en la peste de 1348 y continuó su obra su hermano Mateo, que pinta con gran viveza las costumbres y los sucesos é inspira respeto y amor. Hombre conocedor del corazón humano y de las intrigas de la política, declama contra el vicio y se entusiasma con la libertad, sin que sus ideas religiosas le impidan revelar los extravíos de los papas.

La peste de 1362 lo arrebató, y su hijo Felipe trazó una narración hasta 1365, de la cual ya

(1) *Dino Compagni, étude historique et littéraire sur l'époque de Dante. Thèse pour le doctorat par KARL HILLENBRAND. Bordeaux, 1860.*

(2) « Conviene comenzar el libro XII, pues que lo exige así el curso de nuestro tratado, porque nueva materia, grandes mudanzas y diversas revoluciones ocurrieron en aquellos tiempos en nuestra ciudad de Florencia por nuestras discordias entre los ciudadanos y la mala administración de los veinte, como ya hemos dicho, y fueron tantas que yo, siendo autor, y habiendo estado presente, dudo que nuestros sucesores las crean verdaderas, y fueron tales como dirémos ahora. »

Los Villani.

tienen conocimiento nuestros lectores. Habiéndose dedicado al estudio, y explicado á Dante en la cátedra, escribe con mas arte que su padre y su tío, y procura dar unidad á la narración de cada libro, uniendo á ellos vidas de ilustres Florentinos.

Marchione de Coppo Stéfani continuó la historia de Juan Villani hasta 1385. Los *Comentarios* de Neri de Gino Capponi hasta la paz de Lodi tienen vigor y claridad cual convenia á un hombre dedicado á las armas y á los negocios. Felipe de Cino Rinuccini escribió unos *Recuerdos históricos* desde 1282 á 1460, que continuaron sus hijos Alamanno y Neri. Antes era costumbre entre los habitantes de Florencia tener unos libros que llamaban *Prioristi*, porque en ellos anotaban el nombre de los supremos magistrados de la república (priori), y en los cuales registraban los principales sucesos de su país y de los extranjeros; estos libros constituían la tradición doméstica.

Albertino Mussato, magistrado paduano, escribió en latin diez y seis libros de *Historia Augusta*, sobre los hechos de Enrique VII; en otros ocho los acontecimientos hasta 1317; despues en tres libros en verso el sitio puesto á Padua por Can de la Scala, y últimamente, las discordias que sometieron esta ciudad á los señores de Verona. Suya es la primera muestra que tenemos de la tragedia moderna, el *Aquiles* y el *Ecelino*. Los dos Cortusii que continuaron su trabajo son muy inferiores á él; pero Felix Osio escribió unos comentarios de todas las líneas de Mussato, haciendo ver lo que habia imitado de Simmaco, Macrobio, Sidonio y Lactancio, de tal modo que diez y seis líneas de original le dan motivo para escribir ochenta y seis de notas. Que se tomasen el impropio trabajo de leerlas, prueba en primer lugar que los autores de la baja latinidad eran mejor estudiados que Livio y Ciceron, y en segundo que principiaban á cuidarse del estilo. Y en efecto Mussato, Juan de Geremate, notario de Milan y el Vicentino Ferreto se dedicaron á desembarazar la lengua latina, y si en su penoso trabajo de imitación sofocaban la originalidad, merecen sin embargo gratitud.

Marin Sanuto (Torsello), que señala la transición de las ideas religiosas á las comerciales, estuvo cinco veces en Oriente, recorrió la Armenia, el Egipto, Chipre y Ródas, y habiendo adquirido práctica en las cosas de mar, de la milicia y en la geografía, y uniendo á los conocimientos políticos y militares de su tiempo un talento elevado, escribió *Secreta fidelium crucis*, que es el primer libro de economía. Le dividió en tres partes en honor de la Trinidad, y porque tres son los medios mas eficaces de recobrar la salud, el jarabe preparatorio, el medicamento oportuno y el régimen. Trata de persuadir de la conveniencia de una Cruzada, no considerándola religiosamente, sino mirándola bajo el punto de vista comercial, por lo cual á los textos que recomiendan al buen Cristiano redi-

mir á Jerusalem, añade la lista de los géneros que se traen por el camino de Tierra Santa, cuánto cuestan y á cuánto asciende su porte; propone como mejor el camino de Egipto, y dice que con diez galeras se puede bloquear este país; fija los hombres, los víveres y el dinero que se necesitarían, siempre con el intento de engrandecer á Venecia, cuyos marineros solamente cree capaces de guiar las naves en los bajos canales del Nilo. Cerrado así el Egipto, dice que quedaria herido en el corazón el islamismo. Hubiera querido que el ejército de desembarco contase quince mil infantes y trescientos caballos, y que la escuadra fuese toda veneciana, designando la forma y estructura de las galeras de guerra y de las naves de transporte, algunas armadas; describe minuciosamente las catapultas que él llama máquinias comunes y lontanarias, dando todas sus dimensiones y proporciones segun la vária distancia, la longitud de la pértiga y la carga, ó sea la caja, advirtiendo que consiste gran parte de su perfección en la redondez de la piedra y en su justa igualdad con el contrapeso y las dimensiones de la máquina, es decir, con el calibre de aquellos antiguos instrumentos. Hace las mismas observaciones acerca de las ballestas, lo cual debe ser uno de los primeros pensamientos del general del ejército cruzado. En otra parte da reglas sobre los campamentos, sacadas de Vegetio y de César; manifiesta tener práctica en el arte de las fortalezas, segun su época, dando pruebas de ello en una graciosa parábola.

« Si Vuestra Santidad (dice al papa) quisiera saber cuánto costarán todos los gastos, y qué debe hacerse para emprenderla con los Tartaros, respondo que en tres años aquel gasto ascenderia á veintiuna veces cien mil florines, contando el florin á dos sueldos de *grossos* de Venecia, es decir, setecientos mil florines poco mas ó ménos cada año para sueldos, municiones, y conservar buenas relaciones con los Tartaros, y para naves, armamento, castramentación y pertrechos trescientos mil florines en tres años; en todo setecientos mil florines al año (1). »

Estos datos nos sirven para conocer los valores de entónces. Calculamos que el soldado de á caballo cuesta triple que el de á pié; si un ejército de quince mil infantes y trescientos caballos cuesta seiscientos mil florines anuales, otro de diez mil infantes y mil cuatrocientos caballos debe costar quinientos treinta y cinco mil ochocientos cuarenta y nueve, y añadiendo trescientos mil florines por los primeros gastos de la expedición, serán ochocientos treinta y cinco mil ochocientos cuarenta y nueve florines. Sanuto dice que el florin es igual á dos sueldos de *grossos* de Venecia, por lo que aquella expedición debia costar un millon seiscientos setenta y un mil setecientos ochenta y nueve sueldos

(1) *Liber secretorum fidelium crucis*, lib. II, parte 1<sup>a</sup>, cap. 4.

de grosos. El sueldo era la vigésima parte de la libra, y la libra valía diez ducados, los cuales debían ser equivalentes á diez y siete francos de los actuales. Aquel ejército, pues, debía costar catorce millones doscientos diez mil doscientos ochenta y dos francos, es decir, mil francos anuales cada hombre.

Puede comprobarse este cálculo comparándole con los valores fijados de los víveres. Sanuto nos proporciona el medio de hacerlos diciendo: « La libra de bizcocho cuesta cuatro dineros y un tercio. La ración diaria de un hombre compuesta de libra y media costará seis dineros y medio, cuarenta y cinco libras que consume un hombre en treinta días costarán diez y seis sueldos y tres dineros, moneda pequeña, y en doce meses quinientas cuarenta libras de bizcocho serán seis sueldos de grosos, un groso y cuatro dineros. » Esta última suma, pues, representaba en aquellos tiempos quinientas cuarenta libras de pan; un millon seiscientos setenta y un mil setecientos noventa sueldos debían representar ciento cuarenta y nueve millones doscientos diez y ocho mil trescientos treinta y cuatro. Esta cantidad equivalía á diez y siete millones ciento setenta y siete mil ciento cuarenta y cinco libras métricas. No podemos decir con seguridad cuánto valdría hoy la libra métrica de aquel pan, porque no sabemos qué pan daban los Venecianos á sus marineros; pero suponiendo que la libra métrica se comprase por veinte centésimos, costaría aquella cantidad catorce millones, doscientos treinta y cinco mil cuatrocientos nueve francos. Estos dos cálculos son tan completamente idénticos que el uno es la prueba del otro.

Sanuto nos ayuda á formar el mismo cálculo sobre el vino, las carnes saladas, las legumbres y así de lo demás; pero la poca estabilidad de los valores de estos comestibles y la inseguridad en las medidas antiguas, harían completamente hipotética la valuación. Sin embargo, al sumar las cuentas tendremos que, para alimentar á un hombre con pan, vino, carne salada, legumbres y queso por espacio de un año, se necesitaban doce sueldos de grosos, es decir, ciento dos francos. Esta cuenta está hecha por Michaud.

Desde este tiempo tenemos una nueva fuente histórica en las relaciones de los embajadores venecianos, los cuales estaban obligados desde 1296 á hacerlas al tribunal, y en 1425 se estableció las extendiesen por escrito (1). Se conservaban en el archivo público, de donde acaso ilegalmente se sacaban copias que hoy se hallan en abundancia en los archivos particulares, y son muy importantes por el gran número de noticias que contienen, y por lo á propósito que son para conocer á los grandes.

Entretanto renacía la crítica, y Petrarca fué uno de los primeros que la usaron, devolviendo algunas obras á sus autores, aunque no siempre

(1) *Referant suas legationes in illis consiliis, in quibus electi fuerunt (1296). — Inscriptis relationes facere tenebantur (1425).*

acierta (1), y probando la falsedad de un diploma que le envió Carlos IV, en el cual Julio César y Nerón libran al Austria de la dependencia imperial (2). Se lamenta de que los Romanos ignoren sus propias cosas y destruyan por el vil interés los preciosos restos perdonados por los Bárbaros (3), y alaba á Nicolás Rienzi por haberlos restaurado y ser admirador de la antigüedad en ellos (4). También Pastrengo recogía antiguallas y copiaba inscripciones, y Nicolás Nicoli tenía una colección de medallas de que se sirvió para fijar la ortografía de algunas veces.

Ya habían visto los antiguos que las inscripciones podían servir de apoyo á la historia. Nicolás V dió el encargo de reunir las á Pizzocolli, llamado Ciríaco Anconitano, el cual copió cuantas encontró en Italia, Grecia, Hungría, y en los países de Levante que aun no habían tocado los Turcos (5). También reunió muchas fray Giocondo de Verona, pero no las publicó. En Reggio se conserva manuscrita la colección de Miguel Ferravino; otra hizo Nicolás Perroto, obispo de Manfredonia, y otras de provincias particulares. Jerónimo Bologni fué el primero que añadió á los monumentos explicaciones y comentarios, de suerte que la historia se presenta desde entonces apoyada en la erudición. Con ayuda de esta explicó Biondo Flavio, secretario de Eugenio IV, los edificios, la administración, las leyes, las ceremonias y la disciplina militar de Roma (*Romæ instauratæ libri III. — Romæ triumphantis libri IX*; posteriormente describió en la *Italia illustrata* los catorce departamentos de la península, y era casi imposible que no incurriese en muchos errores. Menos comete Bernardo Rucellaj (*De urbe Roma*), espléndido amigo de los literatos, que en sus bodas con una hija de Pedro de Médicis, gastó treinta y siete mil florines, y en sus magníficas habitaciones reunía la academia platónica, por lo cual se hicieron célebres los Huertos de Rucellaj.

El Florentino Domingo Focchi escribió acerca de los magistrados romanos. Al ver los monumentos antiguos se conmovió Pomponio Leto hasta verter lágrimas: era natural de Calabria y bastardo de los Sanseverino; recorrió en busca de dichos monumentos hasta las orillas del Tánaís, y pensaba visitar las Indias; pero le disuadió de esta idea la compañía de hombres ilustres de quienes era presidente en la academia de Roma. Saqueada su casa en una suble-

(1) *Senil*, XV, 5.

(2) *Famil.* II, 4; IV, 9.

(3) *Famil.* VI, 6. *Horit ad Nicol. Laurent.*

(4) El cronista de Nicolás dice: « Fué desde su juventud amantado con la elocuencia, fué buen gramático, mejor retórico y excelente autor. Y con cuánta velocidad leía! Hojeaba mucho á Tito Livio, Séneca, Tulio y Valerio Máximo; se complacía extraordinariamente en referir las grandezas de Julio César. Todos los días iba á examinar las esculturas de los mármoles que están alrededor de Roma. Solo él sabía leer los epítalos antiguos, traducir los escritores antiguos é interpretar con verdad aquellas figuras de mármol. »

(5) Fueron publicadas en 1634 por Carlos Moroni. Tiraboschi da de ellas una extensa noticia VII, 292. De ellas tratamos en la Arqueología.

vación en tiempo de Sixto IV (1484), « él con » jubón y borceguies y con una caña en la » mano fué á quejarse á los jefes » (INFESSURA), y fué reintegrado con creces por sus amigos que le suministraron á porfía todo lo necesario. Su admiración hacia la antigüedad le hacía mirar como salvajes las costumbres y las creencias presentes, de tal modo que fué tenido por impío.

Pero cuán en la infancia se hallaba la crítica, se vió cuando Annio de Viterbo publicó en 1498 unas historias originales muy antiguas (*Antiquitatum variarum libri XVII*), á propósito para aclarar el origen de los pueblos, así como el Caldeo Beroso, Fabio Pictor, Mirsilo de Lésbos, Sempronio Arquiloco, Caton, Metástenes, Marceto y otros muchos. ¡ Qué placer para los eruditos! Se levantó hasta las nubes el nombre de Annio, y los doctos adornaban á porfía sus escritos con las bellezas de aquel: desgraciadamente en todas las historias municipales ó generales escritas entonces, se mezcló mucho de falso y poco de verdadero. Por tanto aquellos fragmentos no eran mas que una ficción bien del fraile, ó bien que este fué engañado por los que en aquella época especulaban con la afición á las cosas antiguas.

Quando ya fueron conocidos los modelos clásicos, se disminuyó el crédito y el número de las crónicas, perdiéndose así noticias, que aun que frívolas algunas veces é inconexas siempre, interesan sin embargo como relacion de los tiempos y del sentimiento popular. Como el gusto se mejoró, se quiso que la historia fuese también bella, y así fué escrita muchas veces en latín y algunas en romance. Uno de los que mejor la escribieron fué Enéas Silvio Piccolomini, natural de Siena, que expuso los sucesos de Italia desde el año de su nacimiento hasta el último de su pontificado. Se imprimió ciento veinte años despues con el nombre de Juan Gobbellino, su secretario, y es un dechado de vigorosa elocuencia unida á un grande estudio de los caracteres y de las costumbres. Su larga permanencia en Alemania le proporcionó medio de referir los sucesos de Bohemia y de Federico III, con el título de *Historia de Austria*; á estos trabajos hay que añadir la cosmografía y descripción de Europa y del Asia Menor, y otros de que ya hemos hablado. Continuó su historia hasta 1469 Jacobo de los Ammanati, Florentino, á quien el mismo papa dió el apellido de su familia, el obispado de Pavía y el capelo.

Leonardo Bruno de Arezzo, estando en Roma de secretario apostólico, vió y describió las mezquinas agitaciones de aquella ciudad, y como viese en el concilio de Constanza que iba en decadencia el partido del papa, se dirigió á Florencia, donde fué nombrado canceller, y extendió su historia hasta 1404. Era escritor que corregía y cuidaba mucho de la frase, fué atendido por los príncipes, visitado de los extranjeros, y dejó también traducciones del griego, vidas y cartas importantes para la historia literaria de su tiempo

Juan Cavalcanti refirió las cosas de Toscana desde el 1420 al 52 sin la sencillez de los autores del siglo XI, ni la estudiada pureza de los del XVII. Pedante aunque Toscano, corrompe la preciosa lengua de su país con voces latinizadas, adjetivos rebuscados, locuciones viciosas y arengas, y en medio de todo usa giros plebeyos emitidos en tono de catedrático. Dice *latino por italiano, quirites á los ciudadanos*, y al describir los horrores de la toma de Brescia, anda divagando con juegos de palabras. Siendo güelfo por convicción, hizo un ídolo de Cosme de Médicis, y Maquiavelo se sirvió de su historia sin nombrarle.

También escribieron la historia de Florencia Poggio y Bartolomé de la Scala, que la dejó por haber fallecido á la caída de Carlos VIII. Angel Policiano pagó tributo á la protección que le concedieron los Médicis, por medio del elegante episodio de la conjuración de los Pazzi. Vespasiano de los Bisticci, librero muy erudito, dejó muchas vidas de sus contemporáneos, buenas por su contenido, pero de estilo descuidado.

Antes que ningun otro procuró escribir la historia de Venecia Andres Dándolo, narrador árido, sin crítica sobre el pasado, bastante imparcial en lo presente y abundante en documentos. Asimismo escribió los fastos venecianos Marco Antonio Cocchio, llamado el *Sabellico*, señalándole como apto la opinión pública, habiéndosele dado la pensión anual de doscientos sequies y el nuevo título de historiógrafo y bibliotecario de San Marcos; pero desempeñó mal su encargo. Mejores fundamentos había escogido Bernardo Justiniano para examinar los tiempos primitivos, pero se detuvo en el año de 809. Daniel Chinazzo de Treviso escribió en italiano la guerra de los Genoveses.

Pedro Pablo Vergerio, uno de los mejores literatos, compuso con elegancia la historia de los Carrareses. Benvenuto de San Giorgio, descendiente de los condes de Biandrate, insertó muy buenos documentos en la de Monferrato. Ya hemos hablado en otra parte de Platina, historiador de Mantua. Además de los continuadores de Caffaro, alaba Génova á Juan Bracelli de Sarzana, que sin ostentación ni aparatos retóricos escribió en buen latín los sucesos desde 1412 al 44, con excelentes datos, como canceller que era de la república.

No faltaron historiadores á los reyes de Nápoles de entre sus protegidos, como Antonio Beccadelli, llamado el Panormita, poeta laureado por el emperador Sigismundo, y que reunió en cuatro libros los dichos y las hazañas del rey Alfonso. Pandolfo Colennuccio de Pésaro compendió en italiano la historia de Nápoles hasta sus días; sabido despues que quería entregar su patria á Valentin, fué estrangulado en la prisión.

La primer cátedra de historia de Milan fué ocupada por Julio Emilio Ferrario de Novara; posteriormente Andres Biglia, fraile agustino, formó una relacion fiel y en estilo elegante

Arte crítica.

Inscripciones.

Annio de Viterbio.

1461.

Pomponio Leto. 1425-97.

1316.

1428.

147.

1500.